**Clandestinos**

Juan Mattio (de *Tres veces luz*, 2016)

El niño llevaba nueve días a bordo cuando el hombre lo encontró. Estaba tirado sobre el piso de la bodega. Parecía el cadáver de un perro. Las piernas flacas extendidas, lejos del tronco, igual que los brazos. El hombre se sentó en cuclillas y lo miró dormir. Pensó que no tenía tiempo. Pero sólo lo pensó y se quedó quieto. El chico despertó y abrió los ojos con dolor. Era una oscuridad de quince metros bajo cubierta. Ahí el día y la noche no significaban nada. Escuchó el latido de la tormenta. Todavía, pensó. Después escuchó la presencia del hombre. El quejido de la respiración. Su cuerpo pequeño se endureció. Vio una sombra recortarse sobre el fondo más negro del vacío. De alguna forma, mientras dormía, sabía que estaría ahí. Era la sombra que lo molestaba en sueños. El hombre le tapó la boca con la mano. Las grietas de la piel le rasparon las mejillas y los labios. Ese contactó lo aturdió. Por su olor supo que era un hombre negro.

 Los pensamientos bailaban en su pequeña cabeza. ¿Hace cuánto que espera? ¿Por qué no me despertó? ¿Qué hace ahí? Sintió un temor sexual. ¿Por qué me mira así? Se culpó por estar desprevenido. Se había cuidado tanto, tanto de de ese momento. Movió despacio su espalda hacia la pared. ¿Hace cuánto se llevaron a Shark y a Deaf? ¿Dos, tres días? ¿Cuántas horas pasaron desde que escuché los disparos? La tormenta era un ruido enlatado por el eco. Esa era la única medida de tiempo que tenía. Cuando mataron a sus amigos no había empezado a llover.

 Apenas respiraba. El hombre acercó mucho su cabeza al niño. Se puso un dedo sobre los labios. Después acercó la boca a su oído y murmuró.

 -¿Tiene agua? ¿Comida?

 Hablaba en inglés, el idioma común de los puertos y los barcos. El chico tocó la bolsa que estaba debajo suyo. Era una bolsa de nylon negra. Ahí estaba todo lo que tenía y dormía sobre ella para aislar el frío. Se movió lo suficiente para que el hombre la agarrara. La revisó en la oscuridad. Tocó dos botellas de agua. Medio paquete de galletitas de cereal. Las últimas tres aspirinas de un blíster. El hombre lo miró.

 -¿Está enfermo?

 Tocó el piso con la mano. Después, la frente de Chuckle. Siguió. Una bolsa más pequeña con un puñado de harina de mandioca. La lata de leche condensada casi vacía. Eso era todo.

 -Cuatro días -dijo-. Tal vez menos.

 Guardó todo en la bolsa de nuevo y se la tiró al hombro. Chuckle pensó que ahora se iría. Pensó que ahora podría morir de hambre antes que de frío. Agarró la lata afilada que escondía en la parte de atrás del pantalón. El hombre volvió a acercar la boca a su oído. El niño se mantuvo quieto.

 -Va a seguirme con mucho cuidado.

 -No.

 Chuckle sintió su propio aliento en la mano del hombre. Era aire rancio.

 -Está muriendo de frío. O habla conmigo o habla con ellos.

 Quiso agarrar al chico por el brazo pero Chuckle le cortó la cara. El hombre se tiró hacia atrás. Lo miró. Ahora el niño sostenía la lata afilada a la vista del hombre. Se tocó la mejilla. Había sangre. Pensó en el óxido, en que tal vez el óxido le trajera problemas. Escuchó que la respiración del niño se agitaba.

 -Ya podemos irnos.

 -...

 -Ya sabe que si hubiera venido a matarlo lo habría hecho acá. Ahora.

 -Hay cosas peores que morir.

 -En eso estamos de acuerdo.

 El hombre se paró y extendió su mano izquierda para hacer contacto con la pared. Empezó a caminar dando pasos muy pequeños. El niño lo imitó. Llegaron a la mampara donde terminaba la bodega. El hombre se agachó. Había una escotilla en el piso. La abrió con mucho cuidado, evitando el ruido. Bajaron. El frío era todavía más horrible en el túnel. Se sentía en los huesos. Las manos, al tocar el suelo, se quemaban. Un frío salvaje. Un frío que hacía desear la existencia de Dios sólo para encontrarse con él y morderlo. Se arrastraron quinientos metros. El chico podía sentir los movimientos del hombre un poco más adelante. Sentirlos, no verlos.

 -Quieto.

 El hombre se detuvo y empujó hacia arriba otra escotilla. Los dos esperaron, conteniendo la respiración. Nada. Subieron. El hombre cerró la escotilla. Siguió caminando con la bolsa negra al hombro y la mano tocando la pared.

 Oscuridad, hambre, desaliento feroz y el niño. El hombre pensó en la bodega como la panza de una ballena de lata. Los dos, hombre y niño, estaban ciegos. No es momento para mirar atrás, se dijo. No es momento ni lugar. Lo pensó pero no pudo evitar el recuerdo de los otros dos niños que habían sido asesinados. Volvió a imaginar sus cuerpos hundidos en el agua. Y pensó que también él había sido elegido por la vida de esa manera astuta, violenta, repugnante. Las muertes cuelgan de los sobrevivientes como pertrechos.

 -Acá no tenemos pared para guiarnos. Camine en línea recta. Cuente doscientos pasos.

 Caminaron en la oscuridad como dos equilibristas. El niño seguía la velocidad del hombre, tratando de pisar donde su pie se retiraba, porque no sabía si había objetos con los que podía chocar. El hombre dijo que tenían que trepar por los conteiners. Un movimiento en falso podía delatarlos, dijo y se agachó para alzarlo. Juntó sus dos manos y el niño puso su pequeño pie sobre ellas. Chuckle iba tirando migas de pan en su mente para recordar el camino de regreso. Lo acechaba una sola pregunta: ¿qué va a pasar cuando lleguemos y estemos solos? Le daba miedo sentir el esfuerzo que hacía su cuerpo en cada movimiento. Un cuerpo que no reconocía de lo flaco, raquítico, cadavérico. Esperó al hombre arriba, sin moverse. Otra vez el impulso, la fuerza, el silencio. Cuando llegaron al último conteiner el hombre abrió la puerta. Sacó tres cajas de las que estaban más arriba y alzó al chico para que pudiera entrar. Chuckle se deslizó del otro lado. Había olor sucio, mezcla de mierda, pis, sudor y encierro. El niño vomitó.

 El hombre pasó detrás de él y volvió a poner las tres cajas en su lugar. Se acuclilló para tantear el piso. Se escuchó un pequeño sonido plástico. La linterna se prendió. El niño vio la cara del hombre. Era lo primero que veía desde que los marineros se habían llevado a Shark y a Deaf. Empezó a llorar sin ruido. Dejó caer las lágrimas por sus mejillas.

 -Tiene que limpiar eso -dijo el hombre.

 Después se sentó en el piso, sacó unos anteojos, un cuaderno y un lápiz del morral de cuero. Miró el reloj y escribió un párrafo corto. Fue sacando las cosas de la bolsa negra y también las anotó. Sacó una botella y una gasa del morral. Se la puso en la cara, sobre el tajo. No había ninguna señal de dolor en él. Chuckle buscaba con qué limpiar.

 Esta noche decidí salir a buscar al niño. Estaba en la bodega casi muerto de frío y de hambre. Tuvo fuerza para hacerme un tajo en la cara con una lata. Es un soldado en el sentido que lo es un chico de la calle. Me siguió hasta el conteiner como una oveja sigue a un lobo. Yo pensaba en los otros dos. Pensaba en los muertos. Escuché los disparos ayer a la noche. ¿Qué estaba esperando? ¿Cuánto tiempo podía pasar hasta escuchar el tercero? Apenas los vi salir de la sala del cabrestante y meterse en las bodegas supe que no tenían ninguna posibilidad. Pero no hice nada. Esperé. Recordé Luanda. Me recordé a mí mismo con trece años escuchando al Teniente decir que la columna se dividiría en dos compañías de cien hombres. ¿Y entre los doscientos hombres, casi niños, cuántos habíamos disparado un arma alguna vez? Pero dijo así, los doscientos hombres se dividirán en dos compañías y en grupos de veinte haríamos pequeñas acciones preparatorias. No dijo, porque no existen palabras para decirlo, que de los veinte no volverían más que diez y que de ellos sólo cinco servirían para después. ¿Cómo decir no alcanzan los cajones hay que hacer fosas comunes? Sucede que alguien, sin importar quién sea o qué rango tenga, empieza a cavar. Así de simple. La aritmética de la guerra. Por una de esas operaciones este niño está vivo. Yo decidí salir a buscarlo recién hoy. Evaluando las amenazas, las posibles pérdidas. Recién hoy. Y ahora es mío.

 El niño limpió con una bolsa de nylon. Pensaba por dónde escapar cuando el hombre se fuera contra él. No encontró ninguna respuesta. Lo miró anotar en su cuaderno. Parecía fuerte. Miró el conteiner. Tapiado. El hombre había construido dos paredes de cajas. Una contra la puerta, un espacio libre de dos metros y otra fila de cajas. Chuckle se paró y trató de ver al otro lado.

 -Ese es el baño -dijo el hombre-, ahí debería vomitar.

 El niño volvió a sentarse. Miró todo de nuevo. Pronto volverían a la oscuridad y quería retener la disposición de las cosas para orientarse. No había ninguna puerta, ningún escape.

 -¿Cómo es su nombre?

 -Chuckle.

 -¿Qué edad tiene?

 -Diez.

 -¿Dónde nació?

 -En Accra.

 -¿Dónde está su familia?

 -No lo sé.

 El hombre anotó cada respuesta. También la última. No se podía saber en qué pensaba por sus gestos. No tenía gestos. Su cara era una máscara. Chuckle pensó que eran las mismas preguntas que le hacían en las comisarías. ¿A dónde iban a parar todos esos papeles? Había dejado de llorar. Avergonzado, se había secado las lágrimas con el puño de su camiseta.

 El interrogatorio siguió. El tono también le hacía acordar a la policía. Pregunta, respuesta, anotación. Y otra vez desde el principio. El movimiento de una máquina que transcribe sin comprender el sentido de lo que captura. El ruido de las puertas superiores de la bodega llegaba con el movimiento del buque. Pensó que también debería funcionar al revés. Cualquier sonido fuerte subiría hasta la tripulación.

 -¿Cuándo fue la última vez que comió?

 -Antes de dormir.

 -¿Y agua?

 -También.

 -¿Cuándo tomó la última aspirina?

 -Con la comida.

 El hombre se detuvo y lo miró. Le molestaba la falta de precisiones. Antes de dormir, con la comida. ¿Qué era eso? ¿Dónde estaba el método para sobrevivir? ¿Cómo pensaba aguantar los días que quedaban hasta llegar al puerto? El niño tuvo miedo. Sus bloques se dividían por el sueño, por la comida, por la tormenta. Un chico de la calle, pensó el hombre, un desgraciado. Vive en un único día que empezó hace nueve noches atrás. Piensa cómo pasar la próxima hora. Se maldijo por haber salido a buscarlo. Chuckle se dio cuenta de que necesitaba concentrarse si quería pasar el examen.

 -Comí tres, no, cuatro galletitas. Tomé varios tragos de leche. Intenté dormir pero me sentía mal. El estómago. Se me daba vuelta el estómago. Entonces tomé una aspirina con un trago de agua. No sé cuánto tardé en dormirme.

 Al hablar sentía la garganta lastimada. Tenía la boca seca y llagada por la falta de agua. La fuerza de vomitar aire, pura nada, lo había empeorado. Pensó en dormir de nuevo. En comer. En tomar agua. Hubiera dado cualquier cosa por un trago de agua. Pero ahora ya no decidía él.

 -¿Puede calcular cuándo había comido antes?

 Chuckle se limitó a negar con la cabeza en silencio.

 -¿Ya llovía?

 -Sí.

 -Entonces no pudo haber pasado más de doce horas.

 El hombre miró el reloj, anotó unas líneas más y cerró el cuaderno. Guardó todo en el morral y apagó la linterna.

 -¿Hace cuánto salimos de Port-Bouët?

 -Cinco días desde la segunda vez.

 -¿Cuánto falta para llegar?

 -Calculo que nos quedan ocho días.

 -No tengo provisiones para tanto.

 -Ya lo sé.

 El hombre acomodó las cajas y se acostó sobre ellas en posición fetal. Chuckle hizo lo mismo. Se sentía menos frío así. Las cajas y el piso del conteiner aislaban la temperatura que venía del agua. El niño no quería dormir, no querías las pesadillas, no quería despertarse otra vez en la oscuridad y recordar que estaba solo. Quedarse acostado era todo lo que podía hacer. Uno puede odiarse despierto o dormido. Pero es mejor hacerlo despierto. Los sueños que nos odian son más crueles que cualquier pensamiento.

 Chuckle estaba en brazos de la bestia. Un disparo. Un grito. Otro disparo. Silencio. Menos de un mes atrás Deaf había vuelto a las calles de Port-Bouët con la frente surcada por un tajo y sin palabras. Chuckle pensó que también eso se le había terminado: las palabras. Es lo último pensó. Y cuando escuchó a su amigo decir que era hora de embarcar supo que lo decía en serio. Deaf había entrado a robar al puerto y lo habían agarrado. Primero los estibadores. Después la seguridad privada. Por último la policía. Tres noches. Ni una palabra. Daba vergüenza mirarlo.

 -Tenemos para trece días.

 Habían juntado el dinero de los tres. Chuckle miró las provisiones y pensó que no alcanzaban ni para una semana.

 -¿Quién te dice que vamos a comer mañana si nos quedamos?

 -Nadie puede decir nada sobre mañana -respondió Chuckle.

 -Entonces da lo mismo.

 La discusión se cerró. Después de seis meses de trabajo en las calles se les había terminado la paciencia. Un disparo. Un grito. Shark consiguió el dato vendiendo café en las calles. Conoció a un estibador que le dijo del *Propp*. Otro disparo. Silencio.

 -El buque va a Sudamérica.- El que explicaba el asunto era Shark.

 - ¿Dónde es eso?- Había preguntado Chuckle.

 -Al otro lado del océano. Muy lejos.- Y en las palabras de Deaf no había ni sombra de dudas. Sus palabras eran cómo él: sólidas, sin grietas.

 -Eso es lo único que importa -siguió Shark. -Y sale vacío en tres días. El estibador dijo que podíamos vivir en las bodegas.

 Mentía. Nadie vive en las bodegas. Ellos lo sabían porque era una de las reglas de oro de los polizones: llegar a la sala del cabrestante y no salir de ahí por ninguna razón, en ningún momento. Si un marinero te encuentra, tu destino es el fondo del océano. El estibador mintió sobre las bodegas pero el barco existía y salía en tres días.

 -¿Qué les parece? -preguntó Shark.

 -Qué es mejor que nada -respondió Deaf.

 Shark y Deaf estaban unidos por un nudo muy extraño. Eran positivo y negativo de la misma fotografía. Guineanos que escapaban de la muerte. Asesino y asesinado. Un disparo. Un grito. Otro disparo. Silencio.

 Deaf contó la primera noche en Port-Boët que había escapado de los Boinas Rojas, la guardia presidencial de Moussa Dadis Camara. El 28 de septiembre del 2009 el Estadio Nacional de fútbol se había llenado de opositores al régimen. Deaf, que todavía no llevaba ese nombre y que tenía sólo siete años, había ido con sus padres a la manifestación. La represión había sido brutal. Ciento cincuenta muertos. Golpes, cuchillazos, disparos. La madre de Deaf lo tomó de la mano y buscó la salida del estadio. El padre había quedado enredado en los enfrentamientos con la policía. Cuando los vio, corrió tras ellos. En algún momento Deaf dejó de verlo. Los Boinas Rojas estaban haciendo redadas en las puertas del estadio. Los emboscaron. Su mamá los enfrentó para darle una oportunidad a él. El niño de siete años corrió doscientos metros sin mirar atrás. Cuando volvió la cabeza ella estaba en el piso, arrastrada por cuatro hombres. Le habían arrancado el vestido. Lo que vio después nunca lo contó a nadie. Ni siquiera a Chuckle, en esa primera noche.

 Una semana después llegó Shark. También él escapaba de Conarky. Pero su historia era diferente. Su familia pertenecía a la misma tribu que Moussa Dadis Camara, los kpelle, y lo habían llevado desde su pueblo hasta la Capital para entrenarlo como Boina Roja. Shark tenía diez años, era fuerte, duro y estúpido. Lo entrenaron en una escuela que servía como cuartel general de las fuerzas leales a Dadis. Le enseñaron a usar una Kalashnikov y el machete. Su vida se cerraba sobre sí misma. Su destino era ser parte de la guardia presidencial, como todos los de su tribu. Shark se fugó de la escuela donde lo habían entrenado la madrugada de un martes. Un mes después llegó a Port-Bouët. Cuando se encontró con Deaf quedaron zurcidos como siameses. Deaf despreciaba a Shark y Shark se despreciaba a sí mismo más que nadie. Sos mi perro, le decía Deaf. El otro sonreía sin asco, sin tristeza, sin dignidad.

 Chuckle y sus amigos lo bautizaron, como a todos los recién llegados. Miraba como un tiburón pero era sólo una coraza. En su centro estaba lleno de miedo a morir.

 Cuando Shark escuchó la historia de Deaf quedó unido a él por una fuerza poderosa. Era muy religioso y creía que sus antepasados estaban enojados con él por haberlos abandonado. También sentía que estaba en deuda con Deaf por lo que su gente le había hecho a sus padres. Por eso, cuando su hermano guineano decidió dejar la banda y empezar a trabajar por su cuenta, él lo siguió.

 El niño era útil para el hombre. Porque era, en primer lugar, la mirada del hambre y del frío. Los piojos, la suciedad, el olor a mierda. Toda la miseria en la que estaban enterrados. Quince metros bajo cubierta. Otro mundo. Sin cielo y sin vida. La existencia subterránea y, por lo tanto, infernal, a la que estaban confinados. Era la comida que faltaba. Las horas, pesadas como cadenas. La enfermedad que se multiplicaba en el cuerpo como un cáncer. Era la muerte bailando su danza. Pero el hombre había dedicado toda su vida a ser astuto. No podía renegar de su inteligencia -ni siquiera en ese momento en que tanto bien le hubiera hecho- y no podía reducir al niño a la piedad o a la corrupción de tenerle lástima. Pero el niño era también una enorme pileta donde lavarse. Era la urgencia de tomar una decisión. Al menos una. El niño era su carcelero. Era el que había cerrado la puerta de la vida y no le permitía morir a su antojo. ¿Cómo hacer para no odiarlo, entonces?

 Chuckle no dejaba de moverse. Sentía su cuerpo. Al dolor de la espalda le seguía uno más fuerte en la cabeza. Se turnaban. Le molestaba la ropa y el olor viciado y la sensación de encierro. Con mucho esfuerzo lograba unos segundos de paz. La cabeza vacía. Después volvía a escuchar la secuencia. Disparo. Grito. Disparo. Silencio. Con cada pensamiento que lo atacaba, el niño cambiaba de posición. Una y otra y otra vez.

 El hombre, cansado de escuchar su desesperación, se sentó. Cuando el niño sintió la otra presencia se quedó quieto y trató de endurecer el silencio.

 -Hay un orden -dijo el hombre- y si queremos llegar vivos tenemos que seguirlo. Dormimos durante el día porque ellos están despiertos. Son las seis de la mañana. En una hora toda la tripulación va a estar caminando allá arriba. Más tarde pueden hacer recorridas por las bodegas. Ellos tienen un orden y nosotros tenemos que conservar el nuestro. ¿Entiende?

 -...

 -Responda.

 -La tormenta.

 El hombre se quedó en silencio.

 Después de un rato el niño escuchó un ruido, como de ratas comiendo. Era algo animal y desagradable, pero el niño sintió que venía del hombre. Tal vez se comiera sus sobras a escondidas.

 -¿Qué hace?

 -Escribo.

 -¿En la oscuridad?

 -Sólo si hace falta.